

gruesas lágrimas rodaban por su cara, antaño graciosa, siguiendo la pendiente de las pequeñas arrugas.

—El golpe ha sido bueno—se decía Francisco, ya sereno, saliendo de la casa. En cuanto tenía una cantidad de dinero en su poder, ya veía las cosas con optimismo. El sol de junio, y la animación de la calle acabaron de darle confianza. No tenía más que treinta y dos años, después de todo. Su padre no sería eterno. El mismo podía recomenzar la vida con ó sin Juana y sin Darnot. La bala en la frente era un remedio excesivo... Veía la fisonomía aterrorizada de su madre y se enternecía...

—¡Cómo me quiere! Papá tiene razón: es una mujer admirable.

Después de estas sensaciones tenía hambre. En un reloj de una pastelería vió que eran las doce y entró resueltamente en el restaurant Voisin, donde se hizo servir una tortilla y el plato del día con una botella de buen vino, que saboreó en aquella atmósfera de lujo y de bienestar á que ya no se hallaba acostumbrado. Luego, como los proyectos desfilaban sin cesar por su cabeza turbada, pidió para fijarlos pluma, papel y tinta, recordando con emoción á Pablo de Fonteroy que le había aconsejado este método.

—Es un buen corazón ese Fonteroy y ¡tan atento, tan distinguido!... Un verdadero gentil-hombre.

Con letra gruesa y escrita con esmero, trazó sobre la hoja blanca esta palabra mágica: RECURSOS. Después se rascó la cabeza, y después bebió un vaso de Borgoña. Al cabo de media hora tenía la lista de los medios de que había de valerse para

lograr dinero, y satisfecho de aquella obra maestra la leyó varias veces con admiración.

*Primeros préstamos:*

- A papá—por Juana.
- A Charamol y Murelthier—por Darnot.
- A Fonteroy—por Juana.
- A Eva de Sornine—por Juana.
- A mamá y tía—por mí.
- A Honestin—por mí.

Reembolsables por pequeñas sumas á larga fecha.

*Préstamos segundos:*

- A Heinsdruck, joyero.
- A varios usureros.

Reembolsables con el interés legal en los plazos legales.

*Ocupaciones:*

- a Industriales.
- b Administrativas.
- c Literarias.
- d Mundanas.

*Proyectos inmediatamente realizables:*

—Ensayo de una explotación agrícola en el medio-día. (Hablar á Fonteroy, padre.)

—Ensayo de una empresa de almuerzos económicos en Montmartre. (Con Enrique y la señora Mitron como encargados.)

—Ensayo de un salón-peluquería, refrescos, informes sobre diversos *sports*, carreras, automóviles, etc., en el centro de Paris. (Hablar á Murelthier.)

—Ensayo de un lavadero modelo. Capital nece-

sario para empezar: trescientos mil francos. (Fonteroy...) Cuarenta y cinco mil francos de beneficios al segundo año.

\*  
\*\*

—Si con eso no hacemos fortuna...—concluyó el soñador guardando su programa en la cartera. No contaba jamás con la posibilidad de lo desfavorable, ni pensaba en los obstáculos hasta que los encontraba. Su fórmula era: «Eso se arreglará...» y nada por él se arreglaba nunca.

Después de tomar café salió, y provisto de un excelente puro siguió por la calle de Saint-Honoré. Antes le gustaba pasear por la calle de la Paz y por aquella parte del boulevard que va de la Opera á la Magdalena. Pero ahora este trayecto le evocaba á cada paso, en cada tienda, el recuerdo desagradable de una deuda vencida, de una factura pendiente. Debía ocho mil francos á Renovoi, sastre. Juana debía quince mil á Heinsdruck, joyero y usurero. La vieja factura de los hermanos Hostein (vestidos y capas) ascendía lo menos á seis mil francos. La de Chauvian, platero, más reciente, no bajaba de tres mil. Diez y seis veces en dos meses le había reclamado inútilmente el sombrerero Adolfo, los seiscientos diez y siete francos que le debía. Y Johuston, el zapatero, exigía también unos mil doscientos. Al lado de estos proveedores ordinarios había otros extraordinarios, á quienes se había acudido para evitar protestas y discusiones á cada nuevo pedido, y que muy pronto tuvieron los mismos derechos que aquellos é hicieron las mismas demostraciones de descontento.

El método de Francisco y su mujer consistía en menudear las compras á fin de retardar el recibo de las cuentas.

—Póngame V. esto con... y eso también... y mándemelo mañana sin falta...

En los primeros tiempos dió buen resultado ese sistema. Los comerciantes eran unas puras mieles. Pero luego se volvieron vinagre. El mundo elegante era pequeño y el círculo de tiendas á la moda, estrecho. Unos á otros se avisaban y se negaban todos á servir nuevos pedidos, lo que provocaba indignaciones y cóleras graciosas en casa de Francisco, en cuya escalera, calle de Pigalle, era frecuente oír esto ó cosa parecida:

—Diga á los hermanos Hostein que la señora no volverá á poner allí los piés jamás... entiéndalo V. bien... ¡jamás!...

Deseoso de evitar estos desagradables recuerdos que le entorpecían la digestión, torció á la derecha, por la calle de Chaussée d'Autin, pero desgraciadamente allí se encontró con Poisart, tratante de carruajes, á quien debía hacia año y medio un coche de ocasión, revendido con pérdida en el momento de empezar la ruina. Este hombre, grueso, y sin educación, abordó á su cliente con brutalidad.

—Me alegro de encontrar á V.... V. sabe que empiezo á tener bastante... ¿Cuándo me paga usted?...

—Yo no estoy acostumbrado á que se me hable de ese modo—respondió Francisco con dignidad—y no extrañará V. que le retire mi trato.

Aunque estaba hecho á todos los desahogos de los burgueses el padre Poisart, no pudo dejar de

echarse á reír. Su cara ancha brillaba á la luz del sol.

—¡Ah, es bueno esto!... Lo estoy deseando que me retire V. su trato. ¡Para lo que me produce!...

—¡Déjeme V. pasar!—repuso Francisco furioso al ver que el otro le cerraba el camino con sus enormes brazos.—Mañana á la mañana cobrará usted.

—¡Ya ya!... Mañana... es demasiado tarde... Ahora le tengo á V. aquí y lleva V. dinero... Déme V. una parte siquiera.

Los transeúntes comenzaban á agruparse en torno de ellos. Francisco no podía recular ni huir. Temblando de rabia preguntó:

—¿Cuánto debo á V.?

—Dos mil ochocientos francos.

—¿Tiene V. ahí su factura?

—Siempre la llevo sobre mi... y con el recibí.

—Está bien... Aquí tiene V. un paquete de oro de mil francos... Véalo V., se lo ruego... y pronto... que llevo prisa...

—Yo también... Las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

Fué preciso esperar á la puerta de un estanco á que Poisart extendiera sobre el mostrador con su gruesa y pesada mano un recibo en regla que entregó á su deudor, no sin una gratitud irónica:

—Verdaderamente se me alegra el corazón de haber visto á V... Ahora no me haga esperar demasiado por el resto... y sin incomodarse...

—¡Viejo canalla!—rugió Francisco, despojado de uno de los paquetes que debía á la liberalidad involuntaria de su tía...

Su mal humor duraba aún cuando llegó á su casa. Desde la escalera oyó cantos y risas.

La compañía alegre y crapulosa no acababa de almorzar hasta las tres, lo menos. Sofía Verneuil, sin voz casi, la cara roja, empezando ya á ponerse gris, entonaba la marcha militar:

*Un día María á su amante...*

que Juana con el cigarro en los labios, guiñando los ojos, enternecida, y la siniestra Eva de Sornine, millonaria encanallada, coreaban cantando el refrán. De pié, una cerca de otra, confraternales, la portera señora Mitron y la Coco, que había abandonado su cervecería atraída por el jolgorio, reían mostrando sus dientes negros. Darnot, el espíritu lejos de allí, contemplaba el espectáculo con mirada fría.

—¡Anda, ahí está el amo!—exclamó la Mitron familiarmente.

Sofía se interrumpió y en tono solemne dijo al recién llegado:

—Siéntate aquí, pequeño, entre tu mujer y tu suegra. No hay otro sitio mejor...

Se reía. Juana muy tierna, como después de cada comida, besó á su marido en una oreja. Estas reuniones de furias la hacían más seductora, semejante á esas graciosas emisarias que preparan las vías para los sábados de las brujas. Tenía en el cuello una gargantilla de perlas de las cuales no se podía saber nunca si eran verdaderas ó falsas, pues Pablo de Fonteroy, que las heredó de su madre, se las había regalado, y luego ella había cambiado algunas, vendido otras, vuelto á comprar varias, y modificado, en fin, su collar incesantemente, según las alzas y bajas de su aventurera existencia.

—¿Nada de nuevo Marcos?—preguntó Francisco á través de la mesa y del ruido.

—Sí, cosas fastidiosas, como siempre—respon-

dió Darnot. Y levantándose perezosamente é inclinándose hácia su amigo le murmuró al oído:

—Esto se lo lleva la trampa por todos lados; si no hacemos lo necesario para evitarlo, vendrán aquí á embargar antes de un mes...

— ¡Cállate tu, no estamos ahora para llorar!... —le dijo Juana que lo había oído, mirándole lánguidamente. Y llenando un gran vaso de Champaña se le ofreció á su marido añadiendo:

—A nuestra salud... va., y esta tarde yo obsequio á la sociedad de la «¿Qué dices tu?»... Duquesa, usted pagará.—Dirigía estas últimas palabras á Eva de Sornine.

—¿Fonteroy no vendrá por ahí?—preguntó Marcos, cada vez más receloso.

—No, palabra que no. Debe tener vacantes.

Y Juana, á su vez grave, miraba las pequeñas burbujas doradas que subían del fondo de su copa.

Pasado el primer momento de enfado, Francisco hallaba ahora ya placer en esta asamblea extravagante. No se estaba mal con aquellos camaradas. Acabó la botella de Champaña y pidió otra, que el majadero Enrique, factotum de la señora Mitron, fué á buscar á la bodega. Pronto sus proyectos y sus aburrimientos se confundieron en su imaginación, que poco á poco se fué apaciguando. Más tarde sintió que Juana le humedecía las sienes para despabilarle, y que alguien se agitaba en torno de él, y que se discutía entre sus amigos. Había en la habitación muchas moscas, y con la cara entre las manos, los codos apoyados en la mesa, se amodorró, tomando por el zumbido de aquellas el rumor de las conversaciones.

\*  
\* \*

A los pocos días Darnot, que por excepción había madrugado, acababa de labar su camisa y daba betún á las botas en su chiribitil, cuando alguien llamó á la puerta. No era la que golpeaba ni la mano de Coco, más atrevida, ni la de Francisco, más blanda.

—¿Quién es?—preguntó Marcos.

—Victoriano Ursneur—respondió una voz.

El viejo inspector del «Nuevo París» había recibido el encargo de socorrer á Francisco y Juana. A instancias de María é Ignacio, y pensando que un rasgo tal de generosidad, una vez divulgado, la valdría la admiración de todos, Laura Montmelian, había decidido ir en ayuda de su antiguo yerno y de su ingrata hija adoptiva, confiando al fiel Ursneur un sobre con cinco mil francos.

—No tengo valor— le había dicho— para ir yo misma, y usted es el encargado de descubrir á esos desgraciados y de darles esto, no de mi parte, que no quiero obligarlos á la gratitud, sino de la de usted... No me haga V. traición en este punto, sobre todo.

Ursneur había llorado al oír este sublime lenguaje. Luego se inclinó, y se puso en marcha. Pero habiéndole sabido que Darnot, «este perfecto y agradable joven», vivía en la misma casa, y desconfiando de la prodigalidad de Francisco, había encontrado más diplomático, más prudente, depositar la suma en manos del secretario.

A este se lo explicó en muchas palabras, oídas con aspecto digno para disimular la sorpresa y el contento que producían.

—Usted me perdona, ¿eh, mi querido señor Darnot?, que le tome por mediador entre esos infor-

tunados y yo... ó mejor dicho la señora Montmelian. Esta mujer admirable y bondadosa no quiere que su nombre sea pronunciado. Tengo confianza completa en la palabra de V.

—Yo se la doy, señor Ursneur...

—Ya se, usted es un hombre leal. Usted dirá que eso es mío... mío sólo... Y les entregará los fondos por pequeñas partidas, cuando V. lo juzgue conveniente, á fin de evitar despilfarros... He aquí, el sobre... cuente usted conmigo... uno... dos... tres... cuatro... cinco...

A medida que el grueso dedo pulgar del viejo y tembloroso Ursneur iba pasando los bienhechores billetes, el secretario tomaba un aspecto más grave y más reservado.

—Una pequeña provisión— decía Ursneur— que oportunamente será renovada... Tenemos la pretensión de sacarlos inmediatamente de la situación en que se hallan. Les tendemos un cabo salvador. A ellos toca recobrar valor... La señora Montmelian no ha podido olvidar los lazos que la unían á Juana, ni la afección que sentía por Francisco. Es de esas personas á quienes los malos procederes no vuelven insensibles; cuyos corazones no se cierran jamás completamente; que reciben á todos los que se arrepienten...

A cada frase de este panegirico, pronunciado con una voz senil, pero fuerte y matizada todavía, el sutil Marcos aprobaba con la cabeza. Rara vez había visto cosa parecida. En su interior se reía, pero con una máscara impasible, llena de unción.

—No pido á V. recibo— añadió Ursneur— naturalmente. Esto no es conveniente en tales casos. No debe quedar ningún vestigio...

—Ya, ya— pensó Darnot. Escuchó pacientemente las recomendaciones del viejo y luego explicó con sobriedad y buen juicio cómo sus amigos no habían sabido moderar sus gastos, reducir á tiempo un tren de vida desproporcionado, superior á sus recursos; cómo él mismo, más razonable, había hecho y repetido las necesarias advertencias; cómo vanamente había representado el papel de Cassandre. Estaba arruinado, pues los amaba y no los había abandonado en la mala fortuna, pero la abnegación tenía sus límites. Hoy se hallaba como ellos y por culpa de ellos, reducido á la miseria.

Y diciendo esto mostraba su cama, su pobre moviliario, su sórdida instalación. El utopista le escuchaba conmovido, pensando que los buenos son siempre víctimas de los malos, que la sociedad futura tendrá por principal deber trocar los papeles, poner á los imprevisores, á los perezosos en segundo lugar, y á los enérgicos, á los económicos en el primero.

—Usted tiene corazón, mi joven amigo. Yo no me engaño nunca.

Darnot, que tenía sobre todo un desahogo extraordinario, deseaba prolongar la conversación. La prodigiosa sencillez del visitante le abría horizontes imprevistos.

Había oído hablar de la pasión del viejo por los broncees artísticos; sabía que era cajero del «Nuevo París» y que disponía de sumas considerables; que vivía en un piso bajo, que era soltero y que estaba poco protegido. Hábilmente se informó de varias circunstancias al parecer secundarias, tales como la hora á que el viejo se retiraba, la duración de sus cuentas trimestrales, y en su me-

moria infalible anotó las cifras y las fechas. Para concluir habló con entusiasmo de la revolución, de Barbés, de Blanqui y de Tolstoy, de quien se declaró admirador y discípulo. El también deseaba ardientemente la felicidad del pueblo, el reparto de las riquezas, la abolición de la herencia, la renovación de la humanidad. El también esperaba la edad de oro.

Al cabo de una hora de conversación, el viejo utopista no tenía secretos para el joven bandido. Se separaron con pena, jurando volver á verse lo antes posible.

—Yo iré á casa de V., á la calle de Provenza. ¿A qué hora le encontraré allí y no le molestaré?

—A las seis y media todas las tardes. Como á las siete, excepto cuando me invitan en la calle de Borgoña. En el caso de que no me encuentre usted cuando vaya, mi ama de gobierno le dirá donde estoy. No olvide V. que mi casa le está abierta.

—No lo olvidaré, seguramente... —murmuró Darnot con una expresión singular en el rostro.

Acababa de despedir á aquel providencial filántropo y guardaba sus billetes con amor en la cartera, cuando fué interrumpido de nuevo por una serie de pequeños golpes breves, seguidos casi inmediatamente del ruido de una llave que introducían en la cerradura. Juana se anunciaba así. Estaba muy bella y bastante pensativa.

—Si, soy yo... no te reclamo lo que me tomaste de una manera tan delicada... en mi cuarto-tocador... según recordarás... el otro día. Solamente tengo necesidad de quinientos francos...

El secretario replicó con amargura:

—Ve á casa de Fonteroy, es muy sencillo...

—No puedo ir á casa de Fonteroy por tan poca cosa... Y te hemos favorecido con bastante frecuencia para que á tu vez...

—No hay vez que valga... Además no tengo un céntimo... Toma, mira mi portamonedas... Puedes abrirle... y registrar todos mis cajones, si quieres.

—En una palabra, me los niegas... Está bien; voy á pedirselos á papá Aubryet... adios.

El la retuvo por un brazo y la mostró la cama cínicamente diciendo:

—A menos que no... me prefieras á tu suegro..

Juana se rió con risa aguda y forzada.

—¡Ah, ah!... Y me pagarías con mi dinero... No, viejo mío, ya te he dicho que *jamás*... Habías de tener los millones de Fonteroy, y te daría siempre la misma contestación...

Felipe Aubryet recibió á su nuera bastante friamente. Desde luego se figuró el objeto de la visita, y era en su casa un principio formal no favorecer á nadie. Ya las deudas de su hijo ocasionaban frecuentemente confusiones desagradables, de que sus queridas se quejaban: unos comerciantes se negaban á servir un pedido, á enviar un vestido, á dar un sombrero; otros presentaban al cobro sus facturas intempestivamente. Y estas cosas le molestaban y contrariaban.

Recibió á Juana con maneras ceremoniosas y se excusó de no poder invitarla á almorzar. El tiempo estaba soberbio, el parque era un encanto con sus flores y su verdura. Por la puerta entera abierta se veía la mesa puesta para tres personas en el lujoso comedor.

Juana se sintió con miedo. Había obedecido á su marido, que la encomendó esa comisión, pero

delante de aquel viejo con cara de saltimbanquis, con aspecto de consejero de comedia, no hallaba ya palabras para empezar, se la olvidaba la lección.

—Usted sabe sin duda, mi querido padre, que atravesamos una crisis difícil. La falta de previsión nos ha traído á una situación casi sin salida posible..

—Niña mía —interrumpió él— ya estoy enterado, efectivamente. El ruido de vuestras imprudencias y de vuestras prodigalidades, ha llegado hasta mi retiro. Pero ya que no me permití hacerlos la menor objeción ni cuando huisteis á España, ni cuando os casasteis, dejadme reclamar ahora el beneficio de mi discreción paternal. Francisco ha hecho bien en enviar á V. aquí, en lugar de venir él. Yo le hubiera hablado con claridad. Se está conduciendo desde hace dos años como un perezoso, como un inútil... Que busque una ocupación honrosa, que dé pruebas de energía, y entonces nos veremos... Además me disgusta mucho que ande llevando mi nombre á casa de los usureros... Uno de estos bandidos ha tenido la audacia de dirigirse á mí para que le pague no sé que deuda .. ¡Eso es indigno!...

Poco á poco fue excitándose y entró de lleno en su papel de padre ofendido, y expuso todos sus agravios. Juana conociendo sus manías, le dejó hablar. Ella había adoptado cierto aire de contrición y suspiraba de tiempo en tiempo bajando los ojos.

Cuando el dramaturgo se hubo cansado de decir palabras, se aproximó á su nuera y la cogió una mano que empezó á sobar entre las suyas secas y arrugadas. Estaba en la fase de la reconciliación, de los reproches afectuosos. Sus resentimientos

de antes habían cedido ante el gusto de regañar de cerca á una pecadora tan deliciosa.

Ella no respondía á sus preguntas más que con monosílabos, exclamaciones de ¡«Ay»!, «Cierto», «Se lo aseguro», después de las cuales Aubryet redoblaba su elocuencia. En el capítulo de la moral no transigía. Se le habían contado— el mundo de los bastidores es malo— muchas cosas á las que él no había prestado gran fé. ¿Pero nó tenían deplorables intimidaciones? La presencia perpétua de Darnot y de Fonteroy en su casa ¿nó se prestaba á la calumnia?

La campana llamando á almorzar había sonado hacia tiempo, y Felipe Aubryet seguía hablando del mismo asunto á su nuera, que en un momento determinado cansada y desengañada se dejó caer llorando sobre la espalda del viejo. Este entonces la dió uno de esos besos ambiguos en que se mezcla la cobardía y el deseo. Ella le juzgaba poco escrupuloso, pero ignoraba que fuera cobarde. Diversos pensamientos que se sucedían en su imaginación desde las palabras siniestras que la había dicho Darnot, la abandonaron. Recobró su dominio, restableció las distancias antes que nada demasiado preciso ocurriera, y cogió con placer el billete de mil francos que, como para asegurar su discreción, la ofreció su suegro contrariado y escuchándose de salir á acompañarla.

Sola en el tren poco después se reía de esta escena, de esta tentativa incompleta. «Es preciso creer —pensaba— que en el medio dramático los viejos faunos son como los pollos y las pastas de cartón.»

